



Notas para una aproximación al universo poético de MANUEL ORESTES NIETO

POR SALVADOR MEDINA BARAHONA

LA ANGUSTIA DE LAS INFLUENCIAS

Si hemos de acercarnos al universo poético de Manuel Orestes Nieto, uno de los primeros aspectos que propongo analizar es la angustia de las influencias que sobre él gravita habida cuenta de los sucesos históricos de una nación en constante lucha por su soberanía y, por ende, en constante diatriba contra el poder hegemónico que pretendió convertir a nuestro país en un apéndice de sus intereses de expansión y logró enquistarse en su territorio, sus ideales, su identidad y su porvenir. El peso de la Historia como entidad viva, actuante, incubada en las generaciones de poetas que lo preceden una suerte de abatimiento y cataliza una impetuosa reacción en defensa de nuestro ser y nuestro estar en el mundo. “Panamá defendida”, de José Franco, es, a mi juicio, entre otros poemas de autores que hacían de aquello causa común, la obra de mayor repercusión que antecede a la del que sería uno de los más altos exponentes de la diatriba contra el poder imperial. Lo interesante de todo es que se trata de una red en donde la

figura tutelar es la Historia, pero no como abstracción, sino como oprobiosa realidad de hechos lacerantes que reclamaban la denuncia universal, el testimonio urgido, el rigor combativo de unos emisarios de la palabra que pudieran convocar a la resistencia, devolver de algún modo el honor mancillado a la madre vejada, y substituir el aliento de muerte y pólvora por el de libertad soberana y autoafirmación. Si intereses creados al más alto nivel desoían entonces, cuando no ahogaban, el murmullo visceral de estas formas artísticas de protesta, por otro lado ignoraban que a mayor indiferencia, mayor eclosión de intentos subversivos, que desde el arma de la palabra harían mella a las pretensiones de perpetuidad que aquellos intereses hegemónicos divulgaban. Hoy día la lucha contra el poder es otra, menos concreta o visible y por ello soezmente temeraria, colocando a nuestros jóvenes poetas y artistas bajo el andamiaje de un sistema de injusticias, narcomafias globalizadas y ruidos mediáticos que fabrican una falsa realidad en las mentes de los más débiles, cuando no

atacan el sitio nervioso más sensible del ser humano a través de la crónica roja, el amarillismo y la farándula circense. Se trata de un enemigo sin rostro, por lo que el reto se agudiza y tiende a socavar los fundamentos ya no de una conciencia identitaria de país o nación, sino de toda una esfera de aspectos vitales y espirituales. Pero, retomando nuestro estudio, la Historia, como influencia mayor, genera entonces su angustia en un conjunto de hombres y mujeres sensibles que se niegan a resignarse y que luchan con sinceridad y a veces con abyección contra lo titánico, lo visible y lo aparentemente irreversible. Si en otros medios la angustia de las influencias podría hacerse obvia en un autor de estirpe sobre otro igualmente importante, en el caso que nos ocupa, un ente abstracto y con vida, unas circunstancias dolorosas y téticas, parecen ser el motivo, el acicate, la fuerza que impelen a un poeta de modo tal, que habrá de forjarse tempranamente su propia voz, su propio ímpetu, su propia forma de denuncia; a tal nivel, y con tanta constancia, que él, de forma paradig-

mática, sí sería capaz de ser una influencia angustiante en un conjunto de nuevos escritores que le seguirían a hurtadillas en la construcción de un discurso poético (ética, aunque no necesariamente estéticamente ligado al de su predecesor) que se expandiría como una red en la que él habría de figurar como una figura mayor que había venido ejerciendo un tutelaje de ideales y emociones dirigidas, en defensa de nuestra territorialidad y dignidad nacionales, y propiciando el descrédito de una arbitraria suma de elementos que querían oficiar el rito de nuestra sumisión. Así, la angustia de las influencias que un Manuel Orestes Nieto ejerce, por cercanía generacional y peripecia vital, recaería en nombres de dignísima mención, que pese a sus nexos discursivos con el maestro lograron construir voces propias y dar nuevos enfoques a la diatriba contra el poder del norte; sobre todo luego de los infaustos días de la invasión norteamericana a Panamá del 20 de diciembre de 1989, sin dejar de mostrar inquietudes de hondo calado existencial producto de la convivencia en un espacio enrarecido por los acontecimientos. De la diatriba a la defensa, y de ésta a una suerte de esperanza redentora pasan, haciendo testimonio, las voces de: José Antonio Carr (autor de **La rosa contra el muro, Estación de la sangre, Reino adentro, más allá de la rosa**), Pablo Menacho (quien nos ofrece, entre otros, sus libros **Carta a Edmond Bertrand** y **Ritos de mares y sombras**), Consuelo Tomás (menciono aquí su trabajo **Motivos generales**), Héctor Collado (con su hermoso e insuperable poemario sobre los hechos del 20 y más allá, titulado **En casa de la madre**, o su también excelente **Entre mártires y poetas**) y Martín Testa Garibaldi (quien nos contribuye con obras como **Parte y**

novedades, Estaciones ocupadas, y Un día por todos). Todos ellos, artífices de una palabra poética en cuanto testigos y víctimas directos, unos más que otros, de la agresión y el dolor colectivos de un pueblo invadido una vez más y mancillado en su honor, tanto como vulnerado en su paz.

Si Orestes Nieto le adeuda a la Historia los motivos de algunos de sus mejores poemas, lo mismo que al influjo de antecesores que dieron inicio a una suerte de cruzada reivindicativa, la Historia le debe a él algunos de los poemas más emocionados y vitales de nuestra poesía, y, como ya se ha sugerido, ese conjunto de voces que le suceden, hubieron de beneficiarse del magisterio de su palabra, cuya fuerza marginó los fantasmas de una pesadilla e invocó en aquellas voces, algunas en vías de consagración, las musas de una continua lucha generacional y el bálsamo para la sanación de algunas heridas.

Conscientes o no de aquella influencia ineludible, Carr, Menacho, Tomás, Collado y Testa Garibaldi tienden un puente en uno de cuyos extremos se encuentra la figura tutelar del autor de **Panamá en la memoria de los mares**, mientras que en el otro, esperan, lejos de el peso de aquella particular angustia, un nuevo grupo de hacedores de la palabra poética que se eximen de asimilar el golpe de esa casi brutal marejada de la Historia y, sin ignorarla, pasan a sufrir el peso no menos angustiante de una realidad en un mundo que los obliga a hacerse cada vez más individuales; en consecuencia de lo cual los temas pasan a ser otros y la patria, una abstracción palpitante en el alma de quienes les anteceden, frente a un aluvión de absurdos globalizados.

EL GUSTO DE LAS INFLUENCIAS

Si antes hablé de la angustia de las influencias de la Historia sobre un poeta mayor que a su vez impacta, al menos éticamente, a poetas de eminente factura con el poderío de sus temas y tratamientos, ahora me gustaría proponer la idea del gusto de las influencias, en la que cabemos las nuevas generaciones de poetas que ya no sentimos la obra de Orestes Nieto como una opresión en las sienas o en el pecho, o como una daga mensajera de una historia que nos impele a escribirla, sino como un legado valioso, de obligada lectura, que nos pone en contacto con nuestro pasado, al que no somos, por más que así lo piensen algunos resentidos de la palabra, indiferentes. Un pasado que tenemos en cuenta a la hora de escribir, que nos afecta en su justa medida; pero que ha ido agotando sus presupuestos temáticos, y en el que, sin embargo, tenemos un pie a la hora de habitar este presente y colocar una huella en el futuro. Porque de eso se trata el arte, de avanzar, de ser legatarios de una comunidad de voces que nos preceden en el camino y que nos invitan a renovarnos, ir por otros rumbos, en busca de otros temas, como lo habrán de hacer siempre las generaciones del mañana. Orestes Nieto no nos angustia, no logra angustiarnos; antes bien nos gusta en su profusión de acentos, en su coloquial modo de decirnos y decirse, en su amoroso magisterio de palabras que nos recuerdan lo trágico pero que nos muestran a todas luces el camino de la belleza y la magnificencia del poder creador. En todo caso, su obra es una suerte de referente vitalísimo para los nuevos intentos de escritura, para la creación de nuevas utopías y la subversión frente a las nuevas formas del poder. “Tuve el honor de tus ojos” sería un

verso de gratitud que cualquiera de nosotros podría devolverle como un eco, como una resonancia gestada en su palabra pero materializada en nuestro mirar. Alguien que dilató sus pupilas para que los otros viéramos y sintiéramos a través de ellas el palpito y la hondura de los sucesos que transformaron el decurso de nuestra existencia como colectividad.

EL CRISTAL ENTRE LA LUZ: UNA SUMA POÉTICA DE INCUESTIONABLE CALIDAD ENTRE POETAS DE CALIDAD

No sería completo este intento de aproximación sin proponer antes un sitio de honor para Manuel Orestes Nieto entre algunos de nuestros más grandes autores, sobre todo aquellos que consagraron sus mayores esfuerzos al ejercicio de la poesía, o que la hicieron el centro imperecedero de su ejercicio escritural; si bien algunos de ellos descollaron con maestría en otros géneros. Grupo que ya ha dado, cada quien en su momento, una rendición de cuentas de su obra poética y que por lo tanto son susceptibles de una valoración del conjunto de su aporte. Disímiles tal vez en sus temas, todos, sin excepción, han dado una obra unitaria, de constantes aciertos, con nuevas propuestas estéticas dentro del conjunto de sus propias creaciones, a veces extensibles a la totalidad de la poesía escrita por panameños. Cito, pues, a José de Jesús Martínez, Demetrio Fábrega, José Guillermo Ros-Zanet y Elsie Alvarado de Ricord. A mi juicio, Manuel Orestes Nieto ha conformado una obra que dialoga en un mismo nivel de calidad con la de estos otros maestros de nuestra poesía. Hay sin duda otros nombres estimables que podrían integrar esta propuesta, pero cuya rendición de cuentas no ha sido presentada, cuando no es el caso de que adolecen de una desigual pro-

ducción que no los hace comparables a los ya mencionados. Se trata, en mi opinión, de un conjunto de pilares fundamentales de nuestra poesía cuyo impacto en las nuevas y futuras generaciones de escritores será determinante. Hacemos una propuesta personal basada en nuestra visión de ese conjunto de individuos que han forjado, cada quien a su hora, una voz única, trascendente, perdurable en el tiempo y la han hecho, por lo tanto, digna de ser seguida y relevada en diálogos y propuestas futuras. Incluir a Orestes Nieto en este manojo de grandes voces, demuestra su sitio en el engranaje de nuestra poesía; corrobora, parcialmente, la riqueza de sus registros temáticos, el aporte de unos lenguajes muy en sintonía con nuestra época y con las épocas que siguen y el rigor con que ha construido un universo capaz de totalizar los avatares humanos y colectivos de una nación, la epopeya de sus lustros más memorables y trágicos; así como de ofrecernos los momentos más íntimos de su historia personal, íntima, hábilmente distribuidos en espacios de un marcado acento lírico, lo que es evidente en libros como *Nadie llegará mañana*, *Ardor en la memoria* y *Carta de Otoño*. Si algo tienen todos estos poetas en común, es la creación de un universo compacto, útil para la elevación de nuestras conciencias, que ilumina, intensamente, el camino hacia los nuevos días.

UNA VOZ CONTINENTAL DESDE EL MERO CENTRO DE LAS AMÉRICAS

Creo no equivocarme al afirmar que, en justicia, la voz de Orestes Nieto trasciende con holgura las fronteras de esta patria chica, de este país caracol, como bien lo llamara Mireya Hernández, otra deudora del legado poético del poeta (recordemos su hermoso libro *Mágico país de lunas*

sucesivas), y que en esa trascendencia dialoga de tú a tú con voces tan bien delineadas y tan fundamentales como la de un Roberto Sosa, el hondureño de *Los pobres* y un *Mundo para todos dividido*, o un Alfonso Chase, maestro de una poesía osada, hecha y excedida con solvencia, letal en sus denuncias y tierna en sus repriminaciones. Con esta afirmación nos podemos hacer una idea de un trabajo que ha dialogado y dialoga con algunas de las más respetadas voces de Centroamérica y del continente, sin que necesariamente estén cerca en el aspecto generacional (el caso de Sosa es el más obvio en estos ejemplos). En 1975, a los 24 años, Manuel Orestes Nieto ganaba el Premio Casa de las Américas en Poesía con su libro *Dar la cara*, que sería su más enconada diatriba contra el poder imperial, pero también la puesta en marcha de un poderío verbal e imaginativo capaz de equipararse de ahí en adelante con el de las más destacadas figuras de la poesía latinoamericana. Baste con leer la compilación de sus 40 años en la poesía, *El cristal entre la luz*, para corroborar su alcance.

LA INTIMIDAD DE UN UNIVERSO, BALDOMERA MURIÓ DE PIE

Será imposible comentar en esta ponencia todos y cada uno de los libros y temas que integran el universo poético de nuestro “poeta de utilidad pública”, pero hay un tema en particular que se mantiene como una constante en la obra de Orestes Nieto que me llama poderosamente la atención. Me detendré en él porque de seguro nos dará una idea abarcadora de ese universo: La abuela como figura de autoridad y protección. La dos veces madre tutelando el viaje del dos veces hijo. El símbolo del coraje y el amor, la entrañable figura que sostuvo las

horas de incertidumbre del poeta y cargó, como una tristeza larga y pesada, el cadáver de su amado desde la boca inexorable de una mina. Baldomera Espinoza habrá de aparecer una y otra vez en los escritos del poeta, como una estrella intermitente que le enviará su luz cuando haya cundido la oscuridad, el pánico de los peores días, la humillación de los invadidos, el pensamiento de la hora última. Es precisamente Baldomera quien le da, entre aparición y aparición, el tono más humano a la crónica de los hechos. Un cronista que se sabe solo en su inventario de fechas y cadáveres, en su misión de hallazgos y sepulturas, requiere de una fuerza que a veces lo abandona pero que es recuperada en la memoria de una mujer que le enseñó todo menos la flaqueza, menos la rendición. Baldomera es también el simbolismo de la Patria fuerte pese a los vejámenes, el útero que no deja de parir hijos buenos, la tenacidad de los días y la cáustica aceptación de los adioses. Ella recuerda la humildad pero encarna a su vez el orgullo. Ella se conduce, pone paños para la fiebre pero no se estigmatiza ni se desploma ante el incendio de una casa en la que vivió con sus nietos. Ella lidia con el dolor en su espalda sin lamentarse y es capaz de comunicar con sus ojos los hitos olvidados de la crueldad, la emanación de los recuerdos, lo simple y enorme de su despedida. Para un cronista de horas difíciles, que no dejó guardada ninguna de sus emociones, que nos ofreció la crónica con pulso y ansiedades, llega la hora más íntima junto a Baldomera: prolongación del mundo que se convierte en mito apenas abandona sus huesos, bella criatura por la que segregará una lágrima, un redoble de tambores al anochecer. Creo que Manuel Orestes le debe sus versos a la Historia y la emoción de su poesía a Baldomera. Creo que de ese silencio compartido, de ese no de-

cirse las cosas, surgió su voz determinante, su delirio por las palabras, su ensoñación en la que cabrían nuevas, posibles utopías, mares y zargazos, un país iluminado hasta la inocencia, el rumor de una verdad insospechada, la vocación del verbo en su más alta estatura, el milagro de una bandera sola ondeando frente al mar. Todo esto, cuando la realidad histórica se hizo otra, cuando los poemas de su obra inicial e intermedia habían surtido su efecto en la garganta del monstruo, cuando ya era la hora de estar a solas con nosotros mismos y elevar al cielo una plegaria o una utopía sin límites.

LA POESÍA COLOQUIAL EN SU CUMBRE Y MÁS ALLÁ

Usada y abusada por múltiples poetas en su hora, la escritura coloquial del verso llegó a niveles de mediocridad absoluta, diluyó la magia de la poesía y se entregó a las conveniencias de una media verdad oficial. Con Manuel Orestes Nieto ese coloquialismo cobra niveles de excepción, cabalga en ritmos casi frenéticos y alucinados hasta reventar en una epifanía del dolor y la grandeza. Algunos de sus poemas estuvieron tan llenos de auténtico coraje, tan de entrañable encono, que ni siquiera los designios primitivos de la ira fueron capaces de borrar la magia de la poesía que está presente en casi la totalidad de su obra. Más adelante vendrían los esfuerzos conscientes por explorar nuevos lenguajes, el recurso efectivo, que no efectista, de unas metáforas contundentes y emocionadas que dieran un giro a su escritura. Su condición de artista lo obligó a ir en busca de una estética con sustancia cósmica y enunciados míticos, como bien nos lo muestran sus libros *El mar de los zargazos* y *El país iluminado*, cantos a la vida, utopías del lenguaje capaz de devolvernos la alegría y

de apostar por una nueva manera de habitar los días, aquí o en cualquier parte del universo. El peso de mi admiración por la obra de Orestes Nieto radica justamente en esta capacidad de reinventarse, de ir de la épica al mito, del mito a la lírica, de la lírica al cosmos. Un poeta en constante exploración, una voz que no se quedó cantando las amarguras de una hora aciaga, sino que trascendió ese dolor como un alquimista que transforma los metales más comunes en semillas de oro, en luminosas presencias que obturan las luces y las sombras y que son el espejo de nuestra más profunda realidad. Un oficiante consumando su Opus Nigrum, un elegido de las aguas más claras, pero un conocedor de sus fondos más terribles, un paradigma, en fin, de escritura que dialoga ya no solo con los hombres sino con todos los seres y las cosas.

CITO A MANO ALZADA ALGUNOS FRAGMENTOS DE SU POESÍA, COMO UNA INVITACIÓN A SU LECTURA:

“La palabra es un eco,
una burbuja de aire sonora,
sólo el aviso estructurado de nosotros mismos;
la espiral giratoria e invisible
que no podemos ver ni oír,
pero que nos cuenta todo lo que fue y será,
desde muy atrás, en la huella primera
y desde muy delante, en la redonda lucidez.”

(CARTA DE OTOÑO)

INSISTAMOS AHORA EN EL POETA ÍNTIMO, EL QUE LE ESCRIBE ESQUELAS A SU AMADA:

“Recibe
—mientras llega tu barca
con sus velámenes carmesí desplegados,
en el mar y la sal dulcificada
que nos hizo en esta parte de la vida—
todo el amor de que es capaz
mi amor.”

(CARTA DE OTOÑO)

VEAMOS AHORA UN HERMOSO MOMENTO DE SU SABIDURÍA EXISTENCIAL:

“Hay que admitir que lo abierto también se cierre de golpe, que lo bienvenido nos abandone, que deje de perdurar lo que tanto supo alegrarnos.

Lo que siempre será inadmisibles que muera lo que nos alentó a vivir.” (Noticias de pájaros)

SINTAMOS CÓMO CUESTIONA NUESTRA ESCASA HUMANIDAD:

“Uno puede llorarse por lo que han hecho de nosotros.
¿Pero cómo puede uno llorar por lo que no hicimos por el otro?”

POR ÚLTIMO, SU FIRME Y TRASPARENTE VISIÓN DE LA POESÍA EN SU MAGISTRAL CUADERNO POETA DE UTILIDAD PÚBLICA:

13. “Podrán cerrar las puertas para que no entres.
No querrán saber de tus presagios.
Renunciarán a ver tu rostro. Intentarán borrar las pisadas y la memoria de quienes te conocieron.
Colocarán bandos en las calles anunciando que te buscan y se trasnocharán para apresarte.
Se enajenarán y blasfemarán de ti, te maldecirán en su impotencia.
Y siempre temerán que reaparezcas.

14. Todo lo has podido y lo podrás.

15. Excepto acometer contra lo humano.



SALVADOR MEDINA BARAHONA (Panamá, 1973) es autor de cuatro poemarios, un libro de ensayos breves y una compilación de poesía panameña. Ha obtenido el Premio de Poesía «Stella Sierra» 2000 (Panamá) y Mención de Honor en el Premio Centroamericano de Literatura «Rogelio Sinán» 2001-2002. Fundador y miembro del consejo editorial de la revista *Letras de Fuego*, creó y dirigió durante dos años la página dominical del mismo nombre en *La Estrella de Panamá* (distinguida en los Premios «Anita Villalaz» 2004 en la categoría Aportes Culturales). En junio de 2005 lanza la revista de poesía en internet [*el duende gramático*], espacio para nuevos poetas de Panamá e Hispanoamérica.
<http://www.geocities.com/palabraeslibertad/salvadormedinabarahona>